

*Laudatio del Profa. Dra. D.^a Rocio Oviedo Pérez de Tudela
con motivo de la investidura como Doctora "Honoris Causa" de la
Excm. Sra. Elena Poniatowska Amor*

30 de enero de 2015

Agradezco vivamente al Sr. Rector tanto la propuesta de este doctorado Honoris Causa a D^a Elena Poniatowska, como el haberme delegado la responsabilidad de llevar a cabo esta laudatio, que ahora inicio, con el deseo de responder a las expectativas que ha depositado en mí.

La Universidad Complutense ha albergado en sus aulas a 7 de los ocho premios nobel españoles. Fue fundada por Cisneros por cuyas aulas pasó desde D. Juan de Palafox y Mendoza a Calderón y Quevedo, sin contar a Cervantes. Ahora a la serie de insignes Doctores se suma este Doctorado Honoris Causa que la Universidad se honra en conceder a Elena Poniatowska. Doctorado que es un broche de oro añadido a premios y distinciones múltiples en su dilatada carrera: Premio Cervantes, Premio Rómulo Gallegos, Premio Seix Barral, Premio Alfaguara, Legión de Honor francesa, Doctorado por la Universidad Autónoma de México, de Guerrero, Chiapas, Sonora, la New School of Social Research de Nueva York, de Manhattanville College y la Florida Atlantic University en los Estados Unidos.

Premios y distinciones que son el resultado de una constancia en la escritura del periodismo, porque Elena se reconoce especialmente como periodista y ,precisamente, es su grabadora intelectual quien recoge la voz del pueblo y quien ha dejado esa impronta original y fresca, como afirmó Octavio Paz, en su escritura.

De Octavio Paz cabe recordar también la calificación de duelo de espadas con que tituló las entrevistas que Elena le hiciera para construir esa biografía del poeta mitad lírica, mitad testimonial que es Las palabras del árbol. Porque la otra característica que se une a su laboriosidad es una sinceridad que con frecuencia roza la impertinencia y la ironía pero siempre con esa mirada pícara y cordial que

la caracteriza, como cuando preguntó en la entrevista al famosísimo y abultado Diego Rivera si sus dientes por ser tan pequeños eran de leche, a lo que le respondió :

“Son chiquitos, pero con ellos me como a las güeritas preguntonas”.

Se inició como periodista en las páginas sociales del periódico Excelsior, para pasar después a la de Novedades. Gracias a ello pudo trabar contacto con artistas como Diego Rivera, Lupe Marín, Manuel Alvarez Bravo, Leonora Carrington, Mercedes Izquierdo y escritores como Alvaro Mutis, Jose Emilio Pacheco, Carlos Monsivais, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, el ya citado O. Paz, García Márquez o Rosario Castellanos, en sus páginas surge la rebeldía de Nahui Olin, la locura entrañable y estrambótica de Leonora Carrington, o la dulzura melancólica de la pintora soviética Angelina Beloff. Pero de inmediato a su lado y codeándose con ellos sobresalen todos los actores de la vida de México y sus calles, muestra de ello son sus reportajes dedicados a las Marías y las lavanderas, las criaditas que salen los domingos o los guajolotes, oficio ya desaparecido y que pretende rescatar. Protagonistas de verdaderas novelas, como Todo empezó en domingo, que recorren las calles y quedan retratados tanto en su memoria como en la famosa libreta de apuntes que recibe el auxilio de su inseparable grabadora.

Pese a su inicial Lilus Kikus, la pequeña obra de prosa lírica ilustrada por Leonora Carrington, la fama le llega de la mano de una novela que tiene como eje a la persona más absolutamente original, y luchadora como ella, de toda su producción: Josefina Borquez, la soldadera transformada en Jesusa en la novela Hasta no verte Jesús mío. Da comienzo con ella la característica esencial de su obra: el testimonio y la narrativa testimonial, con ese estilo tan peculiar que reinterpreta y absorbe la vida de los demás, verdadera ósmosis, para rescatarles del olvido. Elena se hace uno con ellos, escribe no desde el tú sino desde un yo autobiográfico reelaborado que es la base esencial de su estilo –testimonio.

Apenas dos años más tarde su papel como periodista se consolida con la publicación de La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral. Como ella misma recuerda no estuvo en la plaza, pero al día siguiente vio con terror e indignación los zapatos abandonados en las carreras, los rastros de la sangre en el

asfalto. Grabadora en mano, aunque no se la permitieron pasar, marchó a la crujía C de la Carcel de Lecumberri, donde su memoria recogía, como ella misma indica, las palabras de los estudiantes encarcelados. De esta forma ella adapta las voces, se hace una con ellas y construye el libro más paradigmático de la matanza del 68 en la Plaza de las tres culturas que provocó la renuncia de Octavio Paz a su nombramiento como embajador.

En el 76 sorprende con una pequeña novela dedicada a Angelina Beloff, la esposa de Diego Rivera, donde adopta nuevamente el tono autobiográfico que tan cerca se encuentra del estilo confesional y testimonial. La melancolía, la pérdida del hijo y del propio Diego Rivera que marcha a México y cuyas cartas cada vez son más esporádicas, hablan de la enorme soledad de esta mujer que encuentra su salvación en la pintura febril. De soledad pero también de autoafirmación de la mujer es su colección de cuentos De noche vienes, por los que tengo una singular predilección, especialmente por la seguridad y la autoafirmación de ese personaje de Esmeralda, donde la prostitución y la poligamia se intercambian para ser una opción risueña y satírica en el mundo fariseo de las apariencias. Junto a los cuentos y la ficción, nuevamente el documento, que es la esencia de su literatura, en este caso con el protagonismo de una niña judía y minusválida, Gaby Grimmer. Obra a la que sigue Fuerte es el silencio donde rescata las iniciativas de las utopías convertidas en realidad como la del güero Medrano y la colonia Rubén Jaramillo o El último guajolote una reivindicación de los personajes anónimos que transitan las calles de México. Apenas seis años más tarde vuelve a dedicar un libro a esas mujeres valientes que, tras el trágico terremoto que asoló DF, montaron sus carritos para repartir arroz a los damnificados sin pedir nada a cambio, mientras los de la foto, acuden a su lado, pero para descansar: Nada, nadie las voces del temblor.

El rescate de sus crónicas casi completas nos lo ofrecen los ocho volúmenes que se comienzan a editar a partir de 1991: Todo México, y en ellas, efectivamente aparece todo México, poetas, escritores, personajes populares, políticos y revolucionarios como el Subcomandante Marcos, acciones sociales, como la del el padre Chinchachoma que rescata a los niños de las calles, las indias Zapotecas de Juchitán de las mujeres que mantienen a sus familias con el comercio, pintores,

fotógrafos, lugares también como las pulquerías, los puestos de las calles, pero sobre todo gentes, personas... Algunas de estas páginas se recogerán en *Las siete cabritas*, donde dedica sus palabras a esas mujeres que supieron volcar sobre sí la atención de los artistas, como Nahui Olin, ese ser libertario y rebelde que escandalizó con su desnudez a todo México como ya lo hiciera su tía Pita Amor, la escritora, pero eso sí, a través de la pintura. De estas páginas procede su ensayo sobre Frida Kahlo que servirá de prólogo a un libro sobre la pintora, *Frida, la cámara seducida*, y donde nuevamente es el yo de tono confesional el que surge para concluir: "Para decirme, para que otros me entendieran empecé a pintar. Mi cara. Mi cuerpo. Mi columna rota. Las saetas en mi envoltura de venado"

Frida se suma a Elena Garro, cuya literatura comienza a revalorizarse por aquellos años 90. Junto a ellas dos mujeres excepcionales Tina Modotti, la protagonista de su novela *Tinísima* un verdadero mural de la fotografía y el arte de México, en la época de Diego Rivera y Siqueiros, como también lo es de la Vanguardia y las dificultades de la Segunda Guerra Mundial su premio Seix Barral, Leonora. Junto a ellos las marías y las lavanderas de *Luz y luna*, las lunitas, pero también las mujeres que se dedican a la acción social como Mariana Yampolsky o seres más entrañables, como su madre, Paulette Amor, cuyos rasgos asoman entreverados con los suyos propios en una novela como *La piel del cielo*, un libro de recreación del universo científico y astronómico y sus protagonistas, en recuerdo de su marido, Guillermo Haro. Novela por la que recibió el premio Alfaguara de novela, el primero concedido a Elena Poniatowska en España y al que seguirían el premio Seix Barral por su novela *Leonora*, y el pasado año, el premio Cervantes.

Esta tenacidad y laboriosidad corre pareja al compromiso político y a la elegancia de espíritu, la nobleza que acompaña a Poni, o mi Elena, como la llaman quienes la quieren. Es una elegancia que se codea alegremente con la generosidad. Su generosidad llega al despilfarro del cariño por sus abrazos rompecostillas, o porque vernos sería padrísimo, o porque desborda atención y cuidado a todos por todos los poros, o por sus abrazos cálidos.

Pero su generosidad humana marcha en paralelo a su generosidad intelectual. Allá en el 2004, Elena participaba como jurado en el premio Cervantes. Fue entonces cuando le indicaron que o bien formaba parte de los jueces o bien se retiraba,

porque aparecía nominada para el premio. Ni lo pensó, si podía beneficiar a otro escritor, ella renunciaba a la nominación, como hizo, y participó como jurado para que fuera otro quien recibiera el galardón.

Se suma siempre y sin descanso a cualquier causa justa que llame a su puerta, son conocidas sus visitas a la cárcel de Lecumberri donde por igual puede ir a visitar al pintor Siqueiros o al también Cervantes Álvaro Mutis, encarcelados por diversas causas o dar voz a la petición de justicia y la huelga de hambre que Rosario Ibarra de Piedra inicia tras la desaparición de su hijo, después de haber ido la policía a buscarle a la casa, porque como indica en una entrevista: Un pueblo que protesta finalmente se salva.

Por eso no es extraño que si paseas con ella por Reforma o vas a ver una exposición al Bellas Artes, apenas si puedes llegar porque la reconocen por la calle y la paran a cada paso y la llaman Elenita, como a un ser cercano y cálido. “Señora Elena, yo le voté por Obrador”, “no lo deje, Doña Elena”, “siga, Elenita”. Y por eso no es raro que el corazón aparentemente duro de Josefa Borquez, la soldado-lavandera de Morazán, en su novela Hasta no verte Jesús mío, se acabe derritiendo a su pesar en las miradas de doña Elena. Batalladoras ambas, generosas hasta el despilfarro, criando a los hijos ajenos como diría Jesusa - Josefa, se baten el cobre por el que tienen al lado, como reiteradamente muestra al ser vocero de los estudiantes de México en La noche de Tlatelolco, en el desgraciado suceso del 68, o al protagonizar las marchas y las asambleas, tras el genocidio de Aytozinapa, como la voz más autorizada para defender la causa de los estudiantes de Guerrero. Una voz que corea todo el pueblo con el grito de regrésenlos, una voz por la justicia imposible, de ese su pueblo imposible de México.

Y permítanme para finalizar el recuerdo personal de su casa blanca, donde está aquella jacarandá que se casa en Chimalistac con el limonero en ese álbum cuento infantil que publicó, Boda en Chimalistac, y que se asoma a través de la tapia a la iglesia de San Sebastián, cuyas campanas se escuchan en el jardín de doña Elena, mientras la grabadora prestada de la periodista Elena Poniatowska, recoge su voz sintiendo en el alma que no pudiera recoger su gesto, su sonrisa pícara y pintar en algún lienzo como un emblema la riqueza de sus expresiones, el testimonio de la palabra que compite en paralelo con su generosidad. Recibe el reconocimiento de

todos nosotros, especialmente del Rector y de nuestra Universidad, mi querida Elena, con este Doctorado Honoris Causa.